

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia 18 de

Diciembre de 1890.

Precios de suscripción
 Barcelona un trimestre 20 cts.
 Intentado una peseta; fuera de
 Barcelona un año, id. 4 pesetas
 Extranjero y Ultramar un año
 p. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
 y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de suscripción

En Lérida, Mayor 81, 2.º
 Madrid, Calle de la Princesa, 4, principal
 En Alicante, Francisco, 2,
 Imprenta.

SUMARIO.—Sombra y Luz.—El peor de los vicios.—Pensamientos.

Sra. Doña Amalia Domingo y Soler.

GRACIA.

Muy respetable y querida hermana en creencias: Las ancianas Soriano, madre y tía respectivamente del insigne autor español de "El Espiritismo es la Filosofía," el malogrado Manuel Gonzalez, han empeorado notablemente en su estado patológico, pues las ha sobrevenido, á la primera, una parálisis del lado derecho, y un resblandecimiento de la médula espinal, á la segunda, cuyos padecimientos teniendo á ambas completamente postradas, impídenlas efectuar por sí mismas las funciones de la vida, por lo que se han visto en la precisión de ponerse bajo el cuidado constante de dos criadas.

Como es consiguiente, los gastos domésticos de las enfermas han aumentado de un modo considerable, aun cuando no en relación—por desgracia—con los ingresos que han llegado á ser bastante inferiores.

Desde que desencarnó aquel apóstol de nuestras creencias, las referidas señoras—aunque muy económicamente—se han ido sosteniendo, gracias á los recursos suministrados por generosos hermanos que respondieron á nuestro primer llamamiento en favor de las mismas; pero hoy va siendo imposible que continúen sosteniéndose de igual manera, tanto por la circunstancia arriba indicada, cuanto porque los escasos fondos que las restan, se van agotando con rapidez; viéndose por consecuencia, inminentemente amenazadas de horribles privaciones, so pena de ir á parar á uno de esos establecimientos de Beneficencia, donde los acogidos disidentes de la Iglesia son compelidos por la intransigencia y fanatismo ultramontanos, á pasar por las hocas caudinas del formulismo religioso.

Antes que dar lugar con nuestra indiferencia á que las ancianas Soriano se vean sumidas en situacion tan angustiosa y afflictiva que habia de aniquilarlas, hagamos, queridos hermanos, un esfuerzo para evitar tamaña desgracia, siquiera implique en muchos algun sacrificio pecuniario, sacrificio que ha de verse recompensado, de una parte, con la satisfacción de haber ejecutado una buena obra: de otra, con la gratitud que sentirá hácia nosotros el elevado espíritu de Gonzalez Soriano y las lágrimas de agradecimiento de los seres amados que dejó en la Tierra, á quienes debemos proteger puesto que no tienen otro amparo que el nuestro.

Las personas que traten de socorrer á las interesadas pueden dirigirse indistintamente á los puntos en que se inicie suscripción en obsequio de ellas, ó bien á

don Miguel Requero, Centro Espiritista, calle Ancha, 2, en esta ciudad, donde se reciben todos los donativos.

La prensa espiritista nacional y extranjera, esperamos se haga eco de la presente circular, ya reproduciéndola, ya insertando algun suelto relativo á la misma.

Hácia Dios por la caridad y la ciencia.

Andujar 30 de Noviembre de 1890.

A nombre del Centro Espiritista

“LA ESPERANZA,”

El Presidente,

E. LUENGO.

El Secretario,

B. CENTENO.

Con el mayor placer insertamos la carta de una jóven cuya presencia nos conmovió profundamente en la visita que nos hizo al salir de un Asilo benéfico. Nos besó con tal delirio que nos sorprendió. ¡Pobre niña!... tenia *hambre* de amor maternal y se echó en nuestros brazos con el dulce abandono del náufrago que encuentra una tabla salvadora.

Insertamos su carta sin quitar ni añadir una frase; hay en ella el grato aroma de un alma sedienta de luz. La recomendamos á nuestras lectoras. ¡Hay tantas Genovevas en este mundo! Cuando vemos las jóvenes asiladas que van en corporacion, las miramos con profunda tristeza y decimos: ¡Cuántos espíritus sumergidos en la sombra! ¡cuántas víctimas de los desaciertos humanos!

¡Dichosa Genoveva que ha encontrado los brazos de su padre, y el puerto del Espiritismo!

SOMBRA Y LUZ.

A MI ESTIMADA AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Querida hermana Amalia: Dulce, dulcísimo es el nombre que mis labios pronuncian; pero permítame V. apropie otro más sagrado y concédame el derecho de llamarla madre, por haber sido V. la primera que ha imprimó un prolongado beso en mi casta megilla.

No recuerdo á mi madre legítima, ni conozco el impresionable efecto que produce, un beso y una caricia materna, por el motivo, de que á la tierna edad de cinco años me dejó abandonada al amparo de la Caridad Oficial; por eso afirmo, que su primer beso me produjo tanto efecto, semejante al de la linda mariposa, que al asomar el Astro magestuoso por el Oriente, deposita un beso en la corola de la humilde violeta.

Criada bajo las bóvedas del claustro por espacio de doce años, he crecido también oculta entre los espesos matorrales del oscurantismo, rodeada de sombras y completamente ignorada, é ignorante del mundo.

Madre mia; madre de los afligidos que lloran en su desventura; préstame atención y escucha las sentidas frases arrancadas de mi pecho dolorido. Cuando apenas me daba cuenta de mi existencia, cuando ni tan siquiera podia evaluar los dulces goces que producen las tiernas caricias de una madre amorosa, cuando, repito, no habia conocido la grata sensación que conmoviera mis latentes fibras, me

encontré sola y sin familia; codeada entre la indiferencia y el idiotismo, entregada á la voluntad de personas extrañas, que me enseñaron á ser laboriosa, sujetándome en mis infantiles años al rudo y penoso trabajo y al disciplinario régimen del claustro, sumida al más severo mutismo y obediencia.

Desde que principié á formar conjeturas sobre mi nacimiento, cuando meditabunda y ensimismada, forzaba á mi imaginación, para resolver el problema que motivaba la causa de mi abandono y á quienes debía el ser, lágrimas de profundo dolor desprendidas de su manantial se sepultaban en mi pecho, ocultando las emociones que embargaban mi alma. ¡Cuántos y cuántos días de amargura! ¡qué noches de continuos insomnios y prolongados desvelos!

La Providencia, que nunca abandona al débil ser, escuchó el eco de mi ferviente plegaria; una voz interna nacida de mi angustiado pecho me repetía sin cesar: tus padres viven y confía en mí; vigoriza tus abatidas fuerzas y sin desmayar, desecha de tu mente infundados presentimientos; ya llegará el supremo instante para analizar la legítima procedencia de tu nacimiento y tus dudas se trocarán en realidad.

Esperé, Amalia, madre mia, esperé con fervor; ¿pero á quién preguntar? Cansado el destino de hacerme sufrir horriblemente y trabando conversación con una hermana encargada de mi sección, me manifestó, que, siendo muy niña, mi madre fué la que me condujo al claustro, que habian transcurrido algunos años y se ignoraba su paradero, como así mismo el móvil que la impulsaba, cuando no se comprende, que una madre, olvide bárbaramente al hijo de sus entrañas, que le ha dado el ser.

¿Y mi padre? pregunté: por favor señora, tened piedad de mí y no vacileis en responder á mi pregunta. ¿Qué ha sido de mi padre? ¿vive no es verdad?—Sí; vive.—¿Porqué no viene á verme? ¿tambien me ha abandonado?—¡Ah! no: no te ha abandonado.—¿Dónde está? ¿llorais señora? Por terrible que sea la suerte de mi padre, sacadme de dudas y me vereis conformada al duro yugo de la prueba.—¡Tu padre se halla sujeto bajo la férula de la ley! pero te ama mucho.—¡Padre de mi alma!

Los días festivos estaban señalados para la comunicación ordinaria; sufría muchísimo, al presenciar escenas conmovedoras. Mis compañeras de claustro, se anticipaban para lucir su pobre y limpio trajecito, esperando impacientes la hora en que habian de llegar los seres queridos de su corazón; la desdichada huérfana, arrasada en lágrimas, no perdía ni uno de sus movimientos; veía llegar al salón comunicativo á personas extrañas, que se confundían entre estrepitosos besos y repetidos abrazos; aquel clamoreo de ¡hija mía! ¡madre mia,! me desgarraba el alma; las lágrimas como si fueran un torrente desbordado corrian por mis mejillas; quería huir y esconderme en el mas sombrío y apartado rincón, pero un brazo de hierro me sujetaba para que mi martirio fuese mas cruel. Aquellas caricias, aquellos besos, cual si fueran acerados dardos se clavaban en mi pecho.

Terminadas las horas comunicativas, mis compañeras en medio de su infantil alegría, me contaban sus cuitas, satisfechas del dulce porvenir que las aguardaba en un día más ó menos remoto para abandonar el claustro, según sus padres se lo habian ofrecido.

Acto seguido tenian á mucha estima enseñarme los regalos llenas de satisfacción; yo los miraba atentamente y las escuchaba; pero mi imaginación se perdía por el sombrío celage de mi desventura. Y por último, prorrumpía en amargo llanto, tan fuertes se sucedían las conmociones y tan repetidos los latidos de mi corazón. Por mas que mis amigas se apresuraban á consolarme y por muchos esfuer-

zos que hacia para sonreirme, mi alma dolorida estaba herida de muerte.

Aquellas escenas, madre mia, duraron muchos años. Impresionada cada dia mas por las múltiples contrariedades de mi adversa fortuna, daba rienda suelta á mi imaginación buscando medios de que la casualidad me deparase el camino para ponerme en comunicación directa con mi padre; ¿pero cómo y por donde si completamente ignoraba el sitio de su residencia? La situación me ponía en el caso de ser mas reflexiva. Aunque conservaba por instinto algun vago recuerdo, no conocia á mi padre y confusa y contrariada y sin saber á que atenerme, iban transcurriendo dias y meses, y luego años, sin adelantar un ápice para que se realizara mi dorado sueño.

Por último, perdidas mis halagüeñas esperanzas á la floreciente edad de quince años, la Providencia puso término á mi desesperación. Una mañana y cuando más atareada estaba en mi labor, se me acercó una de las hermanas, la que depositó en mi mano una carta y con la avidez del náufrago, que luchando con el ímpetu de las crispadas olas del Océano, busca un punto firme para sentar su planta, de igual modo busqué un punto de mira fijándome en el sobre donde iba inscrito mi nombre. La abrí: considere V., madre mia, cual sería mi asombro, cual mi turbación, al pasar por mis ojos y leer el encabezamiento del escrito: "Querida y estimada hija de mi alma." Mis ojos se nublaron, perdí la luz, un desfallecimiento propensa á desmayarme se apoderó de mi ser; queria embeberme en la lectura, pero no me era posible; hasta que, un tanto reanimada, leí, y releí su contenido: la carta, Amalia, era de mi pobre padre, dirigida desde la Penitenciaría de Tarragona, ¡qué palabras de amor y ternura para su infortunada hija, para la desdichada huérfana! En ella me comunicaba la causa de su desgracia y la fragilidad de una madre y esposa que olvidó sus deberes; me hacia alusión, que, de allende los mares, habia regresado á España, despues de haber transcurrido muchos años sin saber de su pobre hija; pero á su llegada le habian informado que habia sido reducida al claustro; me manifestaba que al no serle posible por el momento arrancarme de la esclavitud, confiara en Dios; mientras tanto, mútua correspondencia sería nuestro consuelo para ponernos de acuerdo para lo sucesivo.

Dos años, madre mia, transcurrieron desde que recibí su primera carta; hoy cuento diez y siete y me hallo al lado de mi amoroso padre, rebosando de alegría y satisfacción al contemplarle á mi sabor.

Tan pronto abandoné el claustro, tuve, Amalia, el honor de hacerle una visita, obedeciendo las órdenes de mi padre, si bien ignoraba las relaciones que entre ambos existian; hoy veo con placer que un lazo fraternal les une, debido á las sacrosantas creencias del Espiritismo.

Voy á entrar en materia sobre este punto; y, aunque llanamente me explicaré en términos concisos, porque no concibo en mi mente frases elocuentes y estudiadas, á causa de mis cortas luces.

No extrañará V. en materia de religión, la doctrina que se enseña en el claustro; he cumplido forzosa y voluntariamente los preceptos señalados por la Iglesia católica; nunca habia oido hablar de progreso y fraternidad universal, únicamente se me facilitaban libros religiosos, aconsejándome no concibiera en mi imaginación los libros malos, si queria evitar la condenación eterna. Como los que me recomendaba solamente contenian vidas y milagros de santos y santas, me preocupaba muchísimo, de cuales eran los libros prohibidos que contaminaban hasta el extremo de condenarse irremisiblemente. Hoy que ratiocino sobre mí misma, hoy que consulto á mi padre, hoy que me veo halagada de dulces caricias, hoy que recibo

consuelos sin límites, hoy que me aconsejan sea un baluarte de pureza, me hablan de Dios y se me habla también de otra doctrina que contradice á la católica.

Mi padre que me ama con delirio, mi padre que no se mira con mas espejo que en los cristales de mis ojos, difunde en mi mente otro credo contrario al que me han inculcado; unas veces me hallo confusa, en otras afirmo los argumentos cuya verdad no presenta duda y en este intermedio yo misma me aconsejo; mi padre, busca mi felicidad; si dudara de mi padre, dudaria de mí y seria una ingrata: he vivido en un ciego oscurantismo y mi padre con su experiencia difunde en mi mente un raudal de luz; luego, las máximas que me enseña son santas y sagradas; la oración para Dios y no adorar á la idolatría. El mejor confesor es mi padre; á él tengo el deber de confiarle los secretos de mi corazón, y no á un hombre que se apellida Ministro del altar, tal vez... manchado por el crimen.

La confianza en mi buen padre, Amalia, me alienta; necesito de sus consejos y de los de V. para emprender una nueva vida; vida de progreso y libertad; y aunque aletargada por la vaporosa misticidad del claustro, abro los ojos ante un mundo desconocido y contemplo en la inmensidad del espacio, los fulgores de plateadas y rutilantes estrellas, donde la Reina de la noche forma disco para abrigar en su seno las celestes maravillas de la creación.

Al nacer la bella aurora, contemplo la inmensidad de los mares, las fértiles campiñas, los encumbrados montes, los variados colores de hermosas flores que al abrir su caliz embalsaman el ambiente con su aromático perfume; en mi oído resuena el trino del ruiseñor, cantando himnos gloriosos en la espesura de poblados bosques; escucho con placer el gorgceo de hermosísimos pajaritos que saltando de rama en rama saludan al nuevo día; me encanta ver, como serpentean los mansos riachuelos que dejan sembradas sus orillas de brillantes perlas, comparadas á las gotas del rocío matinal; y en conjunto, me causa admiración la belleza que descubro ante el inmenso panorama de un mundo desconocido, donde se desprende cuan grande es la Omnipotencia de Dios y su obra infinita.

Así mismo siento en mí ser un extraño aturdimiento que pone en parangón el conocimiento físico de mi vida real, con la incertidumbre de un sueño fantástico; pero alentada por el deseo de descubrir lo que hasta aquí he desconocido, doy rápido vuelo á mi imaginación, preguntándome, y haciendo comparaciones. Ayer envuelta en las tenebrosas sombras del claustro; hoy ante la prueba irrecusable, de lo que existe: ¿cuál es la mano misteriosa que rige los destinos de la criatura? Dios: si la fatalidad me condujo al claustro á la tierna edad de cinco años sin tener conocimiento de mí misma ¿porqué siendo Dios un Ser supremo, omnipotente, infalible, justo y misericordioso, creador del Universo y padre amantísimo de la humanidad, se me ha enseñado á adorar á un Dios vengativo? ¿porqué me han hecho creer en un Dios que para premio en la otra vida reserva un cielo y para castigo un purgatorio y un infierno? De aquí deduzco segun argumentación de mi padre, que estas tres mansiones son imaginarias, porque de lo contrario, Dios, no seria infinitamente bueno y como el Catecismo explica, perderia su Omnipotencia. Además: si somos hijos de Dios; y este es nuestro padre universal, fácilmente se deduce no deben existir privilegios; luego la doctrina que me han enseñado es nula, porque si en realidad existieran; la divinidad se confundiria con la miseria humana. Siendo Dios todo ternura, todo amor, ¿porqué se me enseñó á odiar y aborrecer, cuando Dios dijo: "Amaos unos á otros,"? Si somos hijos de un mismo padre, si todos somos hermanos en armonía de una misma ley universal, ¿porqué esa lucha continua de muerte y exterminio?

Quisiera Amalia, madre mia, extenderme muchísimo mas, para demostrar la sublime admiración que me causa, el descubrimiento de imponderables bellezas y las prodigiosidades que á cada paso suscitan en mi mente alegóricas fantasías.

Quisiera con vertiginosa carrera recorrer los ámbitos del mundo, segurísima que, de sorpresa en sorpresa quedaria anonadada, al contemplar el grandioso y sublime espectáculo de la creación.

He salido de la tumba donde yacía aletargada, y he despertado en el mundo de los vivos. Cultura, ingenio, artes, industria, ciencia, progreso y facultad intelectual para pensar, ha legado Dios al hombre, que ha creado á semejanza suya.

No mas claustro donde se vive muriendo por el ambiente místico que se respira; no mas cantos fúnebres, ni oraciones soñolientas, sino himnos gloriosos al Dios de las alturas, al padre celestial, al redentor de la humanidad.

Quiero vivir Amalia; quiero llevar un grano de arena, para engrosar el muro del universal Alcázar del progreso y de la confederación.

No mas claustro; no mas sombras; quiero luz, mucha luz, para que irradie mi inteligencia; quiero aprender lo que contiene el gran libro de lo infinito que enseña á amar lo santo, lo bello; abajo rancias costumbres, que aniquilan y corrompen: Tengo sed de progreso y no vacilaré en seguir el derrotero que se me señala, para llegar á la perfección, escudada por los consejos de mi amado padre. Necesito un guia práctico, Amalia, madre mia, para que me conduzca por el recto camino de la virtud, y no sucumba en la espinosa senda que emprendo, al enarbolar el estandarte que lleva por lema: Paso libre al progreso. No mas sombras del claustro. Esta su hija

GENOVEVA SANCHO.

Tarragona 20 Noviembre 1890.

EL PEOR DE LOS VICIOS.

El peor de los vicios que aflige á nuestra sociedad es sin duda la hipocresía. En la senda mas ó menos penosa que necesariamente hemos de recorrer para lograr al fin el perfeccionamiento moral á que nos destinan nuestras culpas pasadas ó sea la causa creadora, existen una porción de obstáculos oponiendo ruda resistencia á la marcha ascendente de la humanidad; muchísimos vicios hay que obstruyen el camino que emprende en esta vida el espíritu humano buscando el adelanto de que es susceptible; pero de todos ellos ninguno tan pernicioso como el que llamamos hipocresía. Infundada parecerá esta afirmación á los que avaloran la magnitud de la causa por el efecto inmediato de la misma, sin cuidarse de la funesta trascendencia que entrañan ciertas prácticas sociales que pasan generalmente como buenas en las costumbres del individuo, de la familia y del pueblo. Podrá el hipócrita no ser un ladrón que á media noche asalte una casa para robar á su dueño; podrá no llevar oculto bajo su traje el puñal del asesino; podrá tambien no arrojar sobre la reputación de una mujer honrada una calumnia difamatoria, pero es lo cierto que con el manto engañoso en que se envuelve ha de estar escondiendo una monstruosidad de su alma, por que no de otro modo pudiera explicarse la razon de su hipocresía; y por lo mismo que se cubre con un velo de bondad siendo un ser detestable, es mucho mas perjudicial

y mas temible que aquel que conocidamente es un malvado; pero mientras este arrostra al menos el peligro á que se expone en el momento de perpetrar un crimen y la responsabilidad que la ley ha de exigirle mas tarde, el hipócrita, por el contrario, no tiene que temer nada, porque donde quiera que llega va siempre escudado con el disfráz de las apariencias; que sabe modificar con grandísima habilidad segun se lo pidan las circunstancias en que se encuentre. Así es que si entra en la casa de aquel de quien finge ser su mejor amigo, le veremos que hace á cada paso una manifestacion de aprecio, que no siente, pero, que ha de servirle luego para justificar su conducta cuando llegue la ocasion de inferirle un agravio; si sus miras interesadas le aconsejan que debe captarse las simpatías de alguna persona, le veremos tambien acercarse á ella si le es posible, hablarle con la consideración que pudiera hacerlo el mas íntimo amigo y hasta identificarse con sus opiniones y sus creencias, para despues que haya adquirido su confianza, usar ó abusar de ella como mejor le cuadre; si le conviene aparecer con sentimientos religiosos, le veremos con igual facilidad penetrar en el templo sin acordarse de Dios, arrodillarse ante una imágen, que, acaso no sepa cual es porque para él es indiferente, y dejar oír un murmullo ininteligible que mas que una oracion rutinaria, podrá ser un monólogo dictado por execrables intenciones; y si alguna vez se halla en presencia de uno de esos cuadros desgarradores producidos por la miseria ó la desgracia, lo veremos, al fin, ser el primero en lamentar el infortunio y hasta el primero en verter lágrimas en vista de la desventura que contempla; ¡pero qué lágrimas! ¡Parece mentira que existan seres tan depravados que puedan burlarse de su propio corazon!

Donde quiera que sigamos al hipócrita y bajo cualquier punto de vista que le observemos, le hemos de encontrar siempre poniendo un especial cuidado en salvar las apariencias, apropiándose fórmulas de virtud y honradez que le hagan aparecer ante los demas hombres como individuo que ajusta todos sus actos al cumplimiento del mas estricto deber ¡insensato! no comprende la desventaja en que lo coloca su situación de capcioso; no sabe que la hipocresia le trasforma en un esclavo; ignora cuanto pierde no siendo libre para comunicar á los otros sus sentimientos; conoce que realmente es un desterrado de la humanidad y un extraño hasta en su misma casa. Pero esa degradacion del hombre hipócrita que le constituye en un ser desgraciado, casi siempre toma su origen ¡triste es decirlo! en el seno mismo del hogar doméstico, dentro de ese santuario del amor y de la confianza, donde solo deberian tener lugar las dulces confianzas de la familia.:

Nace el niño, y muestra al principio la naturalidad propia de la infancia cuando llora estamos seguros de que siente un pesar, y cuando rie no podemos dudar tampoco de que la alegría que se retrata en su semblante es la expresion exacta del placer que experimenta. Todo lo que en él puede encontrarse es ingenuidad, inocencia y candor. Lástima que la falsia viniese despues á infeccionar flores tan bellas como espontáneamente brotan de esa tierna planta. Pero ¡qué anomalía! sucede con rarísimas excepciones, que los que por él se interesan vivamente, aquellos que le han dado el sér y que quizás dieran sus vidas por salvar la suya, son los primeros en infiltrar en su alma el maléfico germen de la hipocresia enseñándole con el ejemplo y la palabra que todo debe dárselo á las formas y que no hay para qué cuidarse del fondo. ¡Qué error tan grande y de resultados tan fatales! creen que han hecho una obra perfecta preparando á sus hijos para ingresar en la sociedad con esa educacion defectuosa, y llevan en el pecado la penitencia. De ahí que no sea raro, sino por desgracia muy frecuente, encontrar

reuniones de individuos que viviendo bajo el mismo techo debieran tener aspiraciones comunes, y sin embargo, pudiera decirse que no se conocen, à pesar de hallarse al parecer íntimamente unidos por los estrechos lazos de la familia. Terrible desengaño para los que ayer han puesto en sus manos el arma vil de la hipocresía, que hoy vuelven contra ellos. ¡Ah! no debe haber nada mas doloroso para un padre como llegar à persuadirse de que sus hijos le niegan la confianza, porque en su misma casa hallará entonces mas soledad que en un desierto; su hogar lo encontrará siempre mas frio que la nieve, y mil y mil veces maldecirá su suerte sin acordarse de que ha sembrado vientos y tiene que recoger tempestades.

No somos nosotros ciertamente los que participamos de esa idea tan exagerada como fuera de fundamento, de que la mujer es en todo caso la mas responsable de todo lo malo que en el mundo pasa; creemos por el contrario que el hombre es el mas culpable, porque no ha procurado sustentar la educación de aquella sobre sólidas bases; no obstante nos atrevemos à decir que ella puede mejor que nadie evitar que en el corazón de sus hijos se arraigue el feo vicio de la hipocresía. Constantemente hemos mirado con respeto y veneración el cumplimiento del deber maternal, porque la madre, donde quiera que la hayamos visto entregada al ejercicio de la sagrada misión, ya sea triunfando contra las preocupaciones del mundo, ó ya cayendo con la frente ceñida por la corona del martirio, siempre nos ha parecido grande y digna de ser considerada como excelente sacerdotisa en el templo augusto de la familia; por eso juzgamos que en el buen desempeño de su delicada misión estriba en primer término el progreso moral de la humanidad.

Edúquese à la mujer, no en la doblez y farsas mundanales que tan de moda estan; edúquesela, no para que lleve miel en los labios y veneno en el alma; edúquesela en fin, sin enseñarla à ser hipócrita; y no solamente será buena como hija, como esposa y como madre, sino que bajo este último concepto traerá algun dia à la sociedad hombres que, lejos de estar degradados por repugnantes vicios, tendrán todo su anhelo en la práctica del bien y mirarán siempre en la virtud la luminosa estrella que ha de guiarlos en el mar proceloso de la vida.

Antonia Amat, viuda de Torrens

PENSAMIENTOS.

En el reioj de la eternidad, nunca sonará la última hora.

—
El magnetismo, es la relación de las inteligencias.

—
La razón es la única ley.

—
La madre tiene todos los perfumes de la divinidad.

—
El adelante es un enigma, el pasado una historia consumada.

—
La verdad es el pan de cada dia, y el faro de la eterna luz.